

## SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

### LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA, NUESTRA SEÑORA.

---

*Et dixi: Ergo sine causa justificavi cor meum, et lavi inter innocentes manus meas.*

Y dijo: «Luego en vano he justificado mi corazón, y he lavado entre los inocentes mis manos.»

(PSALM. LXXII, vers. 13.)

El que con atención examine la economía de la Providencia para dar realce á las operaciones humanas, no puede ménos de adorarla y bendecirla. Siendo Dios el autor de todo lo bueno que hace el hombre, tiene éste el mérito de la cooperacion por parte suya; y al paso que es un agente libre, cuya voluntad, sin coaccion alguna, se inclina á lo bueno ó á lo malo, vé siempre el porvenir cubierto con denso velo, que Dios no le permite alzar, para que viva siempre sostenido con dos grandes agentes sobrehumanos, que son la Esperanza y la Fé; en estas dos virtudes, como en un espejo empañado, ve el espíritu humano un porvenir dichoso é imperecedero; porvenir que se le descubrirá más risueño y encantador que mil alboradas de primavera cuando trasmigre al reino de la inmortalidad. Miéntras este porvenir está entre enigmas, tiene el hombre ante sus ojos lo presente, que se le muestra con toda claridad, y es tan triste su suerte, que no puede fijar en él sus miradas sin sentir al punto choque horrendo entre la carne y el espíritu, entre la naturaleza y la gracia. ¿Qué ve el hombre que tanto le conturbe? Ve que los inícuos tienen paz y prosperidad

en todas sus acciones, que no experimentan los azotes de Dios, ni las penas y trabajos del comun de los mortales, que la abundancia y el colmo de bienes es su patrimonio y su suerte, miéntras el justo, que vive con temor de Dios, no ve en rededor de sí más que contradicciones y penurias.

Cuando el sentido no objeta al alma justa más que penalidades y dolores en cambio de su virtud, aquélla se alarma, se conturba, y hasta quiere sucumbir, exclamando con el Salmista: «Hé aquí, los malos y pecadores obtienen riquezas y viven en paz y tranquilidad, á pesar de ser criminales, miéntras yo no conozco otro patrimonio que la desgracia. Luego en vano he justificado mi corazon y he lavado mis manos entre los inocentes.» *Et dixi: ergo sine causa justificavi cor meum*, etc.

Esta fuerte tentacion con que fueran atacadas la fé y la esperanza de David, como él mismo confiesa, es lo que asalta á nuestro espíritu cuando por algun momento miramos las cosas presentes con ojos carnales, sin penetrar en lo más íntimo; nos parece que no hay conformidad entre la bondad divina y los acontecimientos humanos: se nos figura que no debia Dios permitir que el pecador viviese con prosperidad y el justo con penas; y ciertamente nos equivocamos; nos engaña el sentido, porque éste no examina sino lo presente, sin advertir que el alma, inspirada por la fé y sostenida por la esperanza, fija su vista en un grandioso porvenir y camina á él, aunque éste se halle, como el astro del dia, encubierto tras de negros nubarrones; se equivoca el sentido, porque precisamente es conforme á la bondad divina que el pecador que desprecia la dicha del cielo, tenga á lo ménos algun bien en la tierra, y que el justo que suspira por los premios de la vida venidera, padezca aficciones en la presente, para aumentar los lauros imperecederos con que Dios ceñirá sus sienes en la gloria.

Hé aquí, amados míos, la idea que ha venido á mi espíritu al contemplar la suerte desgraciada de esa Madre que está presenciando la muerte de su inocente Hijo. Por cualquier lado que consideremos á María, nos obliga á exclamar y decir: ¿qué crimen tiene esa madre para ser tan desgraciada? Aún dada la sacrílega hipótesis de que fuesen verídicos los crímenes que á Jesus imputára un pueblo ébrio de furor, ¿qué culpa tiene María para estar al lado del patíbulo expiando excesos que no son suyos? ¡Qué! ¿Dios no vela sobre los destinos humanos? ¡Qué! ¿No acaricia á los buenos como á hijos queridos? ¿No abruma á los pecadores como á hombres protervos y rebeldes? Pues siendo María su hija, ¿por qué la castiga con dolores? Siendo tan pura y santa, ¿por qué no apacigua con su palabra la cruel tempestad que se ha desencadenado contra ella? Pero, ¡oh amados míos! es este el lenguaje de una razon que no tiene esperanza ni fé; la que está vivificada con estas dos virtudes, ve en los dolores de María el cumplimiento de los designios del cielo, los decretos de la Providencia divina, la economía de la Providencia, en el modo admirable con que realza el mérito del hombre justo, no mostrándole al presente más que penas y dolores, y enseñándole, tras de denso velo, el risueño horizonte de la gloria, á donde no entrará sin haber primero andado entre las asperezas y rigores de la vida. ¿Quereis en este momento elevar las miradas de vuestra fé hasta una región desconocida del sentido? Pues mirad al Calvario, y vereis un espectáculo sublime y consolatorio para el desgraciado. Dios presenta á María la copa de la amargura, y María la acepta, la aplica á sus lábios, y apura hasta las heces; ¿y qué hay en esto de celestial? El cumplimiento del objeto de la predestinacion de María. Ved aquí el cuadro que mi trémula mano va á delinear, para que aprendamos en él cuál es nuestra suerte en la tierra si queremos entrar en el cielo.

Postrémonos ántes á los piés del Crucificado, y con fúnebres himnos cantemos las gloriosas ignominias del Hijo, y el atlético heroismo de la Madre. *Stabat Mater dolorosa justa crucem lachrimosa, dum pendebat filius, etc.*

Nada hay más comun entre los hombres que hablar del bien y del mal, y nada hay que sea ménos conocido en su verdadera acepcion que estos dos genios, que tanto afectan la vida humana. Para hablar del bien y del mal con toda propiedad, es preciso subir á una region de abstracciones, dejando lo físico y abrazando lo moral, porque en lo físico no hay mal alguno, segun enseña la sana filosofía: llamamos mal á la privacion de salud, y no lo es; la mujer presumida llama mal á la fealdad; el hombre avaro llama mal á la pérdida de sus riquezas; así las muertes prematuras son otras calamidades que necesariamente afectan la naturaleza humana; son llamados males sin serlo efectivamente; pero así nos entendemos, sin advertir que damos quizás un contrasentido á las cosas, llamando mal á lo que contrasta con lo que á nosotros nos parece ser un bien. Sentemos, pues, que no existe mal alguno en el mundo físico, y que sólo se encuentra en el mundo moral; este mal es el pecado, porque éste priva al alma racional de limpieza y hermosura, la hace esclava de su enemigo, la aleja de Dios, que es el sumo bien. ¿Cómo llamaremos, pues, á las injurias, á las afrentas, á los baldones y desprecios, á los tormentos, á las lágrimas y al dolor? Bienes de gran tamaño que hace Dios al hombre, porque el mismo Dios es quien ha dicho que son dichosos los pobres, felices los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos por la justicia; y es evidente que el hombre no puede ser dichoso en el mal, sino en el bien.

Estas dos palabras sobre el verdadero bien son un preámbulo indispensable ántes de entrar de lleno en la consideracion práctica de lo que el mundo carnal llama mal. Estamos en presencia de una mujer que, extasiada un dia al ver que Dios derramaba tan cuantiosos bienes entre los mortales, dijo en santo trasporte que Dios habia obrado en ella cosas grandes y portentosas, y que no habia generacion alguna que no la llamase feliz. Cuando este razonamiento salió de los labios de María, estaba su corazon rebotando en el gozo más soberano que pudiera tener ninguna criatura, pues, conservando su integerrima virginidad, era madre, y madre de un Dios. Despues de esto, fueran las cosas tomando un aspecto diferente respecto de María: exceptuando el fausto momento en que viera venir á la gruta de Belen uno por uno los coros celestiales para que adorasen á su Hijo recién nacido, cumpliendo con las órdenes del Eterno Padre; exceptuando el haber visto á sus plantas á los sabios de Oriente, ofreciéndole riquísimos dones, la vida de esta Madre no es más que un tejido de contratiempos y de dolor. En Belen es mirada con desprecio; en el templo se le anuncia que el Niño que fuera para Ella un hechizo divino, sería algun dia el signo de contradiccion de los hombres, y que su corazon sería traspasado de dolor. En vano quiere María entregarse al más sublime gozo, mirando en una mano al divino Niño cuando se halla sentada bajo una palmera de Tebas, llevando con la otra mano á su boca el pan del desterrado y el agua de la tribulacion. Vuelve á saludar á su patrio suelo, y hé aquí que por muchos años pasa una vida pobre y miserable, sin que ninguno se acuerde que Ella es la que tiene entre sus ascendientes cien y cien sabios, cien y cien capitanes, cien y cien Monarcas, de cuyas glorias y riquezas es solidaria por derecho natural y por las leyes de su patria.

Nada he dicho aún, amados míos: los contratiempos

de la vida no influyen extremadamente en nuestro corazón, ni lo hacen desgraciado cuando podemos depositar nuestras penas en el pecho de un amigo. El mismo pan del destierro ya deja de ser amargo cuando tiene el condimento de una compañía amorosa: del fondo de dos corazones, que están unidos por la amistad verdadera, sale un raudal de consuelo para el padre, para el esposo, para el amigo. Mas ¡ay! concluyóse este consuelo para María; su Hijo, que por tres años ha viajado por la Palestina, granjeándose fama, ora de sabio, ora de justo, ora de Profeta, y también de Mesías; su Hijo, á quien ha invocado todo atribulado para hallar en su benéfica mano algún consuelo, acaba de caer en manos de la justicia; y en vez de aquellos epítetos relevantes que le diera el pueblo favorecido, este mismo pueblo lo llama traidor, sacrilego, enemigo de Moisés, del César, de la ley, del vulgo. Tras de estas calumnias vienen injurias inauditas, que se ejercen contra su venerable persona; los azotes, las espinas, los escarnios, no son más que el resultado de una conflagración que parece formada de intento entre sacerdotes inícuos y criados groseros, entre magistrados sin pudor y cortesanos sin freno, entre jueces venales y sayones inhumanos; unos acusan á Jesus de blasfemo, otros de revoltoso, y ni el juez tiene energía para sostener una inocencia conocida, ni el pueblo tiene corazón para saber apreciar lo mucho que debe al magnánimo corazón de Jesus; el resultado de este desorden es que el mansísimo Jesus es atropellado, poniendo sobre sus hombros un madero ignominioso, llevándolo violentamente por las calles, haciéndole caer tres veces, arrastrándolo vilmente como á un animal de rabia, y clavándolo, por fin, á un palo, y pronunciando contra Él todos los anatemas de la ley.

La posición de María es diametralmente opuesta á la que tuviera cuando en casa del sacerdote Zacarías pro-

nunció su sagrado cántico. ¡Ah! ¿Veis aquella mujer que del alto cielo se desprende, saliéndole al encuentro las estrellas para coronar su majestuosa frente, y apresurándose la luna á ponerse bajo sus plantas, y sirviéndola de manto el mismo sol? Pues es María, que debe más su oriundez al cielo que á la tierra; es María, que ha sido desposada con el Espíritu Santo; es María, que ha sido coronada por Reina de cuanto existe debajo de la luna; es María, que lleva en su purísimo vientre al Sol de justicia. Pensad si una mujer adornada de tantas prerogativas será feliz y bienaventurada; mas contemplad su nuevo estado: ¿veis ese río que, imperceptible en su nacimiento, va aumentándose y tomando un aspecto imponente? ¿Lo veis cómo va absorbiéndose todos los torrentes, cómo van hinchándose sus aguas, cómo va extendiéndose por las llanuras, cómo va atropellando árboles gigantescos, arrasando casas y ciudades, hasta entrar en la mar, declarándole guerra y rompiendo las aguas salobres que le han dado nacimiento y vida? Pues no de otro modo han sobrevenido á la mujer dichosa todas las calamidades; el dolor de ver á su Hijo tan vilmente tratado ha demudado la esencia de aquel corazón. «Queremos buscar una madre, dice el Doctor seráfico, y no hallamos sino clavos, espinas, lanzas, esponja y vinagre. El corazón del amor se ha convertido en corazón de dolor.»

En tan cruel y amarga situación, ¿podrá acaso la Reina de los mártires repetir las palabras de su cántico? ¿Podrá llamarse dichosa al lado de la Cruz del Hijo moribundo, como al lado de su prima Isabel, como al oír los melodiosos himnos de los ángeles en Belén, y como al presenciar las glorias de su Hijo? Sí, ciertamente, porque unos y otros son bienes que Dios la dispensa; si en Belén y en Nazareth recibe la diadema de Reina de los ángeles, en el Calvario es adornada con la corona de Reina de los

mártires y de los Apóstoles. Cuando aún no ha gustado sino las dulzuras de la divina maternidad, cumple los designios de la Providencia, que la predestinara á ser la más dichosa y bendita de todas las mujeres; y cuando bebía en la cima del Gólgota la copa de la amargura, se llenaban en ella también las miras del cielo, que la predestinara á ser la más heroica de todas las criaturas, sufriendo más que todas juntas, con un valor envidiado de las mismas virtudes y potestades angélicas.

En efecto, amados míos; existe entre la predestinación de Jesucristo y la de su Madre la más admirable conformidad y semejanza; María fué predestinada á ser la tierna vírgen de que se formaría el nuevo Adán, y la naturaleza individual que el Verbo tomase estaba predestinada á ser Dios, de tal manera, que unidas la naturaleza divina y la humana en una misma persona, se pudiese predicar y decir: Dios es Hombre, y el Hombre es Dios. Aunque la diferencia entre el Hijo y la Madre es infinita, hay entre ellos una asimilación tan grande, que anduvieran siempre juntos sus destinos temporales, así como eternamente fueran predestinados, el Hijo á ser Dios, la Madre á engendrar á Dios. ¿Cuál es el origen de esta predestinación? ¿Cuál su fuente y raíz? ¡Ah! El amor infinito. Sí, la predestinación es un decreto libre de la voluntad divina, que señala un amor infinito hácia las almas predestinadas, pues las conduce á la posesión eterna de un bien infinito; y de aquí es necesario concluir que nada hay en la economía de la predestinación de los justos que no rebose por todas partes en dicha y felicidad. Esto es inconcuso; y, sin embargo, aparece á nuestros ojos materiales todo lo contrario: si hay adversidades en el mundo, todas son para los justos; si hay consuelos humanos, todos son para los pecadores. Pero aquí es donde se escolla la razón abandonada á sí misma, porque tomamos las cosas en sentido opuesto, llamando adversidad á lo que es

dicha, apellidando felicidad á lo que es desgracia. ¿Cuál es la mayor dicha de un justo? La cruz, las contradicciones, las amarguras, los dolores, porque éstos son los que le abren anchuroso camino para el cielo.

Al decirnos el divino Pablo que Jesucristo fué predestinado á ser Hijo de Dios, ¿nos quiere decir que estuviera predestinado á tener toda suerte de bienes temporales? Sí, ciertamente; Jesucristo debía poseer toda clase de bienes temporales, eternos, espirituales y corporales; porque siendo la predestinación el efecto de un amor infinito, no puede el predestinado padecer ni un solo momento mal alguno que tenga su origen en el que le predestina; porque no sería amor verdadero el que no acarrearase á la persona amada toda especie de bienes. Luego, ¿todo lo que Jesucristo tuvo temporalmente fué un bien cuantioso y una ventaja incalculable? Así es, amados míos. Examinad entre tanto cuál es la predestinación temporal del Hijo de Dios. ¿Fué predestinado á tener honores? No, al contrario; fué el objeto de todas las humillaciones é ignominias; pero estas mismas abyecciones son bienes dignos del amor infinito de Dios, bienes que nuestra ignorancia no comprende, bienes que no admite la razón depravada, y que reputa por locura la filosofía carnal. ¿Quizás fué predestinado á obtener riquezas, dignidad y poder? No; pues nació en pobreza, y murió sin tener donde reclinar su cabeza. ¿A qué habrá sido predestinado Jesucristo, amados míos? ¡Ah! No á la inmortalidad, que posee por sí mismo, sino á poder padecer y morir; no para ser omnipotente ni inmenso, porque estos atributos le son esenciales, sino á ser débil y mortal, á tener nuestra pequeñez y á anonadarse; y, entendámoslo bien, toda alma predestinada debe esperar de Dios estos mismos favores; su dicha es tanto mayor, cuanto mayores sean las adversidades y contradicciones; su felicidad se aumenta á medida que tiene más bienes espirituales,

es decir, más amargas y dolores, aunque el mundo los tenga por locuras.

Comprendida ya esta doctrina, preguntad á la desconsolada Madre de este ilustre reo que se halla en la Cruz, cuáles fueron las ventajas que tuvo en el mundo por haber sido predestinada á ser Madre de Dios. Es cierto que la sangre que circula en sus venas es la sangre de Abraham, de David y de Ezequías, y sin embargo María vive desconocida en el mundo, teniendo que agregar su suerte á la de un pobre artesano que la toma por esposa; al decir que es Madre del Rey de los cielos, parece natural el concluir que debia ella exceder en gloria y grandeza á todas las Reinas de la tierra, cuanto éstas sobresalen en su nacion al contrastarlas con la zagala de los montes; pero esto es un sofisma de la razon carnal. Cuando María lleva en su seno al Mesías deseado de todas las gentes, hay por todas partes nobles matronas y altas princesas; las tiene Roma, las tiene el Egipto, las tiene el Oriente, y hasta en la misma Judea las hay; son estas mujeres quizás innobles por su cuna, quizás poco cultas en sus talentos, quizás inmorales en su conducta; pero el solio las ha ennoblecido á los ojos del mundo; tienen en su altiva frente una diadema de oro, y esto basta para que se arrodille ante ellas el filósofo, el general, el vulgo. Pues bien; María es hija de los hombres más nobles que la humanidad ha poseido; María tiene el alma más generosa que ha salido de manos de Dios despues de la humanidad del Verbo; su ciencia, sus talentos, sus virtudes, exceden á los de los querubines y serafines; es además Princesa, Reina, Emperatriz, pues ha dado el sér temporal al Rey inmortal de los siglos; y con todas estas grandezas reales y positivas, ¿qué es María en el mundo? Nada. ¿Cuál su tenor de vida? Aquí sale del pobre hogar doméstico, y no tiene un rincon donde guarecerse de la inclemencia, de la escarcha y del hielo; allí se

ve errante, fugitiva y llorosa; hoy pierde á su Niño adorado, viviendo por tres dias sin esperanza y sin aliento; mañana se lo arrebatan, lo encarcelan, lo cargan de hierro, lo conducen á tribunales, lo insultan, lo azotan, lo escupen, lo befan, lo injurian, lo escarnecen, y por fin lo condenan á morir como á un asesino.

¿Es acaso feliz en esta posicion la ilustre Profetisa que en casa del Bautista entonó su famoso canto, en que se apellidaba eternamente dichosa? Sí lo es, porque en estos tristes acontecimientos ve María el cumplimiento de los designios del cielo sobre ella; Dios la ha predestinado á ser Madre suya, y lo ha hecho á impulsos de un amor infinito; la ha predestinado, por consiguiente, á toda clase de bienes temporales, espirituales, del tiempo y de la eternidad, como á su Hijo único. Por consiguiente, estaba predestinada á sufrir privaciones, persecuciones, amarguras y dolor, que son los verdaderos bienes que Dios prepara á sus escogidos y las grandezas que son más análogas al amor infinito. Sí, ahí está María al lado del patíbulo de su Hijo; ahí va á concluirse su preciosa vida, y á cerrarse con esto el cruel escenario de los trabajos, que principiaron en Belen y finalizan en el Gólgota. Ahí se encuentra la tierna Madre, en medio de un populacho que se ha revestido del furor de los tigres: roncós bramidos salen de todos los ángulos del Calvario; quién brama al ver que el condenado á muerte aún está con vida; quién lo insulta en medio de los crueles tormentos: aquí saltan unos de alegría, y otros exprimen su placer en estrepitosa algazara; allí se pasean otros con petulante desden delante de la Cruz, echando al reo en cara sus fingidos prodigios, su presuncion, su temeridad: cada palabra, cada respiracion, cada movimiento de estos hombres es un cuchillo que traspasa el pecho de María, y que la corta la articulacion. ¡Ah! Si teneis valor para desplegar los labios en tan dolorosas circunstancias,